

Isaías 11:1-10

Sermón Isaías 11:1-10 Segundo Domingo de Adviento, 2007.

Saldrá una vara del tronco de Isaí; un vástago retoñará de sus raíces y reposará sobre él el espíritu de Jehová: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos ni resolverá por lo que oigan sus oídos, sino que juzgará con justicia a los pobres y resolverá con equidad a favor de los mansos de la tierra. Herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío. Y será la justicia cinto de sus caderas, y la fidelidad ceñirá su cintura. Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca pacerá junto a la osa, sus crías se recostarán juntas; y el león, como el buey, comerá paja. El niño de pecho jugará sobre la cueva de la cobra; el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar. Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaí, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa. Is 11.1-10

Uno de los grandes males de la vida moderna es que nos ponemos tan ocupados que no hay tiempo de pensar en para qué estamos aquí, qué es lo que queremos lograr, cuál es nuestra verdadera condición. Y tal vez las semanas antes de la Navidad se han convertido en casi el peor tiempo del año para la introspección. Sin embargo, los cultos de Adviento nos dan una oportunidad para la reflexión, para ponernos en la situación de los antiguos creyentes que esperaban por siglos y milenios la promesa de la venida del Salvador, y nos recuerda que el arrepentimiento, reconocer nuestro pecado y perdición, es la preparación necesaria para que el corazón pueda recibir al Salvador que nació para morir por nosotros y redimirnos de todos nuestros pecados.

Igual como Juan el Bautista preparó a la gente inmediatamente antes de que Jesús comenzara su ministerio entre su pueblo, los antiguos profetas también preparaban a sus contemporáneos para la venida del Mesías. A veces lo hacían con terribles predicaciones de la ley, condenando el pecado, la idolatría y la indiferencia de su pueblo; a veces alentaban presentando hermosas imágenes de la obra salvadora de Jesucristo y sus benditos resultados. En nuestra lección del Antiguo Testamento para hoy, predomina la nota de esperanza y la presentación de los hermosos efectos de la venida de Cristo para redimirnos del pecado y la condenación. En base de este texto de

Isaías, entonces, meditemos en el tema: **La vara del tronco de Isaí trae paz y gloria.** Veremos 1) su humilde origen, 2) su glorioso reino, 3) su gran paz.

Todo este texto es una profecía acerca del Cristo venidero. Viene de la familia de David, ¡pero cómo la familia ha venido a menos! La casa real que en tiempos de David y Salomón había alcanzado el apogeo de su poder y gloria, para cuando viniera Cristo parecería un tronco muerto, un árbol tallado dejando sólo el tocón. Sin embargo, de este tronco como muerto y de sus raíces sale un tierno rebrote. Dios no ha olvidado la promesa de que de la familia de David vendría el Rey eterno, el Salvador del mundo.

¿Y qué encontramos cuando Cristo nace? Su madre y su comprometido, José, tienen que emprender un largo viaje a Belén cuando ella está a punto de dar a luz. Cuando llegan, no encuentran siquiera alojamiento, sino tienen que conformarse con un establo. Los magos, cuando fueron a buscar al Rey de los judíos que había nacido, acudieron a Jerusalén. ¿Quién hubiera esperado ver a algún personaje de peso en la pequeña aldea de Belén? Pero así llegó nuestro Redentor, un tierno bebé de una familia pobre de Judá, para que no nos asustara, ni pensáramos que vino sólo para los grandes. Es un rey, pero un rey manso y humilde que nos invita a venir a él y encontrar descanso para nuestra alma.

En el hebreo original, la segunda mitad del versículo dice que este retoño “llevará fruto”. Tendrá éxito en llevar a cabo su misión. ¿Pero cuál sería la misión de este humilde rebrote de la raíz de Isaí? ¿Y cómo llevaría a cabo su misión? Dice Isaías: “Y reposará sobre él el espíritu de Jehová: espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová”. Sería verdaderamente el Ungido, el Mesías, el Cristo. Pedro, en la casa de Cornelio, el oficial gentil, predicó: “Vosotros sabéis lo que se divulgó por toda Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan: cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret, y cómo este anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hch 10.37-38).

Por el poder del Espíritu, aun en su estado de humillación, sería completamente capaz de realizar los planes de Dios para nuestra salvación. Poseería el Espíritu de sabiduría e inteligencia. De hecho, Cristo pudo presentar a los hombres una sabiduría que queda oculta a la sabiduría del mundo. Pudo proclamar el misterio de su persona, y contar a los hombres cuál fue la disposición de Dios mismo hacia los hombres perdidos. “Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros; pero el que me envió es verdadero, y yo, lo que he oído de él, esto hablo al mundo” (Jn 8.26). Jesús tuvo un perfecto entendimiento de lo que sería necesario para la salvación del mundo.

Predijo su propia muerte en la cruz y su efecto. “Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Jn 12.32).

Tendrá el Espíritu de consejo y de poder. Aunque ningún hombre puede con su propia imaginación encontrar la manera de salvarse de su pecado y condenación, Cristo tiene las palabras de vida eterna. Aconseja a todos a acudir a él, a encontrar en él perdón y vida. Y no son palabras vanas y vacías, tiene todo el poder para sacarnos de nuestra esclavitud al pecado y darnos la vida eterna. En él habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente. Tiene el Espíritu de conocimiento y del temor del Señor. Hace a los pecadores, condenados a la muerte eterna a causa de su pecado e incapaces de encontrar ninguna ayuda, conocer a Dios, temerlo y amarlo, él revela el amor de Dios en su propia muerte en expiación por todos los pecados que nosotros hemos cometido.

Y el Cristo que vino en humildad y durante toda su vida se humilló, hasta la muerte, y muerte de cruz, ahora es exaltado y puesto sobre el trono de gloria. Y su reino es en verdad glorioso. Se deleita en el pueblo que mediante las buenas nuevas de su salvación ha creado para sí. Su deleite está en los que temen a Jehová, como dice el v. 3 en el hebreo (NVI: “Él se deleitará en el temor del SEÑOR”). Y podemos estar seguros que él podrá reconocer a los suyos y emitir un juicio verdadero, porque “no juzgará según la vista de sus ojos ni resolverá por lo que oigan sus oídos”. Él podrá penetrar en el corazón mismo de las personas para ver quiénes realmente son.

¿Y quiénes son aquellos que “temen al Señor”? Son los pobres y humildes de la tierra, aquellos que son pobres en espíritu, que reconocen que no hay nada digno en ellos, que sólo merecen la condenación divina a causa de sus pecados, pero miran con esperanza a este rebrote del tronco de Isaías, a Jesucristo, y esperan encontrar en él gracia y misericordia y perdón. Ellos escucharán de sus labios: “Ten ánimo, hijo, tus pecados te son perdonados”. No temas. Yo he pagado todo. Isaías lo representa así: “Y será la justicia cinto de sus caderas, y la fidelidad ceñirá su cintura”. Ésta es la justicia con la cual “justifica al que es de la fe de Jesús” (Rom. 3:26).

De hecho, su reino será tan glorioso que hasta los gentiles son atraídos a él. “Acontecerá en aquel tiempo que la raíz de Isaías, la cual estará puesta por pendón a los pueblos, será buscada por las gentes; y su habitación será gloriosa”. Así su pueblo será “una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas” (Apo. 7:9). Este glorioso reino ha llegado a nosotros mediante la proclamación del evangelio del perdón de pecados por medio de aquel que vino en Belén y sufrió y murió por nuestros pecados.

Este reino y esta salvación están abiertos para todos. Dios estaba en Cristo reconciliando el mundo consigo mismo. Pero desgraciadamente, muchos no lo quieren. El Evangelio de Juan nos dice: “El que no cree ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios. Y esta es la condenación: la luz vino al mundo, pero los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas, pues todo aquel que hace lo malo detesta la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean puestas al descubierto” (Jn 3.18-20). En las palabras de Isaías en nuestro pasaje: “Herirá la tierra con la vara de su boca y con el espíritu de sus labios matará al impío”. Para los que no quieren su mensaje de perdón y paz que se dirige al pecador arrepentido, tendrán que escuchar su terrible sentencia de condenación cuando venga otra vez para juzgar. ¡Qué terrible será escuchar: “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles” (Mt. 25:41).

Pero Isaías hace todo lo posible por atraernos a aceptar con fe el cetro misericordioso de este Rey. Nos retrata la gran bendición de paz que el Salvador ha ganado para su pueblo. Muchos que antes eran los enemigos de Dios, ahora están reconciliados, y porque Dios los amó primero, ahora aman también a Dios. Y el fruto en sus vidas es que buscan beneficiar y vivir en paz también con sus hermanos que también han sido redimidos por el Señor. Primero paz con Dios, y como resultado, una buena medida de paz unos con otros.

¿Cómo se explica el cambio? Isaías lo explica: “No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte, porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”.

Isaías usa imágenes pintorescas para indicar la nueva realidad del reino de Cristo. Pinta el paraíso restaurado, como antes que el hombre se haya caído en el pecado. Pinta a los animales más enemigos viviendo en perfecta armonía y paz. Retrata a niños pequeños jugando con las serpientes y cobras sin sufrir ningún daño. “Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro, el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca pacerá junto a la osa, sus crías se recostarán juntas; y el león, como el buey, comerá paja. El niño de pecho jugará sobre la cueva de la cobra; el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora”.

¿Qué está retratando Isaías? ¿Es algo literal para un milenio aquí en la tierra? ¿Es algo que se verá en el nuevo cielo y la nueva tierra? Realmente, ninguna de las dos cosas, aunque hay muchos que lo han interpretado así. Lo que está retratando realmente es la reconciliación de personas en el nuevo pueblo de Dios que ha recibido el amor, y por tanto se marca por el amor. “Él es

nuestra paz, que de ambos pueblos hizo uno, derribando la pared intermedia de separación, aboliendo en su carne las enemistades (la ley de los mandamientos expresados en ordenanzas), para crear en sí mismo de los dos un solo y nuevo hombre, haciendo la paz, y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades. Y vino y anunció las buenas nuevas de paz a vosotros que estabais lejos y a los que estáis cerca, porque por medio de él los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre” (Ef 2.14-18).

Es claro que la iglesia aquí, y todos sus miembros, a la vez que tienen una nueva naturaleza que busca vivir en paz con todos los hombres en cuanto dependa de ellos, al mismo tiempo tienen la vieja naturaleza de pecado que muchas veces brota en acciones que no son tan llenas de amor como deberían ser. Pero luchamos contra eso, y buscamos conservar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Y lo que es imperfecto aquí lo tendremos en la perfección cuando Cristo venga otra vez para llevarnos a nuestro hogar celestial.

Así que, hermanos, en donde todavía hay pecado, arrepintámonos, y creamos en este rebrote del tronco de Isaí que vino en humildad para salvarnos y ahora reina en gloria y nos anuncia la paz mediante su evangelio. Así veremos que nuestro Rey realmente es el Príncipe de paz, que nos ha redimido y hecho las paces entre Dios y los hombres. Será como los ángeles proclamaron: “Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres”. Amén.